

Autor: Abilio Ayuso

UNA MUJER SENSATA

Ilustrador: Alejandro Ortigosa Quevedo



Hay personas a las que, por más esfuerzos que hagan, su karma o destino les niegan lo que para otros está al alcance de la mano.

+14

Santiago era un hombre afortunado en todos los aspectos, menos en uno, lo cual bastaba para amargarle la vida.

Desde casi antes de tener uso de razón, había sido consciente de su predilección por las mujeres, ya de chiquitín le encantaban las nenas, y no tan nenas, la compañía de las chicas de cualquier edad le resultaba absolutamente deliciosa, sin que en aquel tiempo pudiera siquiera vislumbrar el placer que podían llegar a proporcionar.

Para él, cualquier actividad en la que no estuviera presente el elemento femenino le parecía una travesía en el desierto, por eso le aburría soberanamente el colegio exclusivamente de chicos, pensaba que era una aberración formarse en ese mundo masculino para luego acabar viviendo en una sociedad mixta.

Como si a los futuros exploradores de la selva amazónica los entrenaran en la Antártida.

En la adolescencia tampoco le convencían las actividades deportivas en las que no hubiera chicas, es decir, casi todas.

Ni mucho menos cuando los colegas se juntaban para ir “de juerga”, chicos solos, cuyo final estaba cantado de antemano, resaca asegurada y posibilidad de algún moretón fruto de alguna machada frustrada o pelea.

Su madre era una mujer, bella, atractiva, cariñosa y dulce, pero... No tenía los pies bien asentados en tierra, sus salidas de tono, manías raras y algún que otro ataque de histeria decepcionaban completamente al muchacho

El chico suspiraba por conseguir la compañía de alguna muchacha con las cualidades positivas de su madre, pero con la cabeza bien amueblada, pero parecía como si llevara un letrero luminoso que sólo ellas podían ver, diciendo: “Prohibido el acceso a mujeres sensatas”, ya que en cuanto conseguía un ligue o una amiguita, no tardaba en darse cuenta de su lado oscuro, celos absurdos, manías estafalarias, ideas rocambolescas, o todo a la vez.

Santiago hacía en ocasiones balance de sí mismo: Era alto sin exagerar, cuerpo musculado y bien torneado, pero sin excesos, rostro agraciado, sensato, culto pero no pedante, educado, con un buen empleo y de trato muy agradable, ¿Por qué entonces sólo atraía a las taradas mentales?, nunca llegó a comprender la razón.

Finalmente encontró el amor de su vida, no era una belleza, porque sus arcos ciliares pronunciados y su nariz de lorito le daban un aspecto extraño, pero compensaba con un tipazo de escándalo, aunque lo importante es que era inteligente y cariñosa.

Se casaron, cómo no, y a partir de la boda comenzaron los problemas. Fue un día en que al salir del trabajo y estar a punto de entrar en su vehículo, a Santiago le pareció ver una cabeza con un rostro familiar ocultándose tras los vehículos de la acera de enfrente.

No había posibilidad de que fueran niños jugando al escondite, porque aquello era un polígono industrial, una mujer de pelo largo ocultándose para robar... Tampoco parecía muy lógico, al final cruzó la calle y la vio en cuclillas detrás de los coches, era su mujer.

“¿¡Pero qué coño haces aquí escondida!?”.

“Es que... Quería darte una sorpresa”.

“¿Que mierda de sorpresa?, si llego a montar en el coche y marcharme te habrías quedado aquí tirada, hay un autobús cada hora, ¿Cómo hubieras vuelto a casa?”.

“Bueno... Habría llamado a un taxi”.

“Oh, claro, ahora entiendo porque algunos días cuando llego a casa, no estás, dices que vienes de comprar, pero no traes nada, y porqué te cunde tan poco el dinero, te lo gastas en taxis, ¿Cuántas veces has hecho esto y por qué?, si es que se puede saber”.

“Bueno... Es que yo... Pensaba que tal vez salías con alguna chica de tu trabajo”.

“Ya, claro, y como llego a casa cuarenta minutos después de plegar, y hay cuarenta minutos de trayecto, igual pegábamos un polvo de treinta segundos por el camino, o me hacía una mamada mientras conduzco, ¿¡¡Y que si hubiera acompañado a su casa a una secretaria¡¡?”.

“Es que... Tú trabajas con chicas muy guapas, y eso me pone celosa”.

“¿Y piensas que espiándome arreglarás algo?, al contrario, pensaré que eres imbécil y me gustarás menos”.

Martina rompió a sollozar mientras decía: “No, por favor, no digas eso, que yo te quiero mucho”.

“Pues por las idioteces que haces no lo parece, anda sube al coche, no quiero que me vea alguien de la empresa y piense que tengo una mujer tarada, si vuelves a fantasmear por aquí contrataré un par de quinquis para que te tiren un cubo de mierda encima, y así ni los taxistas te querrán llevar”.

Pareció que las cosas se habían calmado, pero fue como una tubería podrida, a la que se pone un parche por un punto y revienta por otro, Martina no podía salir a la calle ni para tirar la basura sin una sesión completa de maquillaje, y cuando tenían que acudir a una boda o evento similar la cosa llegaba a un extremo exagerado, en las dos últimas se perdieron el enlace y llegaron a la mitad del convite.

En la tercera Santiago se plantó y le dijo: “Yo saldré a una hora razonable, si vienes conmigo bien, sino diré que no puedes acudir porque te encuentras mal”.

Evidentemente, ella no estuvo ni de broma a la hora indicada y él fue sólo. Al regresar la encontró llorando como una Magdalena y no pudo por menos que preguntarle: “A ver, ¿Qué coño te pasa?, ¿Me puedes explicar por qué necesitas ocho horas para arreglarte?”.

“Pues porque tengo complejo de que vean mi nariz, si por lo menos tuviera dinero para operarme se me pasaría, pero nunca nos sobra”.

“Ya, claro, ¿Y no has pensado que no nos sobra por la fortuna que te gastas en maquillajes, ropa, complementos, esteticistas, peluquerías, tratamientos de todo tipo y potingues varios?”.

“Pero eso es por el complejo”.

“Vale, ¿Y si pido un crédito y te operas se te pasará?”.

“Claro que sí, eso me haría muy feliz”.

El crédito subió más de lo planeado, porque además de la nariz aprovechó para hacerse cuatro cosas más, incluido un aumento de pecho que no necesitaba, pero no sirvió de nada, las idioteces iban en aumento, si salían a cualquier sitio con el coche y en un semáforo le daba por cruzar a una chica por delante ya estaba liada: “La has mirado”.

“Si, claro, porque girar la cabeza hacia atrás mientras pasa la gente me da tortícolis, ¿Sabes qué?, como no estamos preparados para salir de casa mejor que nos quedemos”. Dicho lo cual daba media vuelta, regresaba al garaje y se fastidiaba el día de playa”.

Otra de las cosas que le ponía de los nervios era la inoportunidad de Martina. En el instante en que él estaba sudado realizando una reparación casera a veces se le abrazaba ñoñamente gritando: “¡Huy, cuanto te quiero!”.

También le asqueaba que en el momento más inadecuado le dijera con voz melosa: “Hazme mimitos”.

No hubo solución, dos años después se divorció, ella se quedó con todo lo que poseían, menos el coche porque no tenía carnet de conducir, y él con los tres años restantes del crédito por la operación de cirugía estética.

Aquel suceso volvió a Santiago muy desconfiado, comenzó a salir con una amiga, pero en cuanto ella le empezó a pedir que llevaran a todas partes un perrazo enorme y maleducado que tenía cortó abruptamente.

Por lo menos su trabajo era una isla de paz en ese aspecto, o eso creía él, hasta que una de sus compañeras se vio desbordada por problemas técnicos y comenzó a insultarle sin razón aparente alguna.

Más adelante fue su jefa, mujer eficiente e inteligentísima la que perdió los nervios y se dedicó a proferirle gritos sin ton ni son, fue en ese momento cuando pensó: “¿Es que acaso tengo un imán de locas o se vuelven locas al relacionarse conmigo?”.

Pero no hay mal que cien años dure, o eso dicen, y un tiempo después conoció a Mercedes, una universitaria inteligente, la primera de su promoción, con la cual descubrió el placer de ser dos los que tiren del carro, en lugar de uno sólo y que el otro vaya montado encima.

Hicieron planes ambiciosos, casi el cuento de la lechera, pero a diferencia del cuento el resultado fue aún mejor que el planificado, se comían el mundo literalmente, viajaron a los lugares más espectaculares, vieron cosas que el común de los mortales sólo puede contemplar en los documentales y disfrutaron de la vida durante siete largos años que él utilizó de prueba sin querer casarse.

Pero al final accedió, y ahí estaba el destino esperándole, poco después de la boda su mujer descubrió que su verdadera pasión eran los hombres muy altos, de más de dos metros.

No es que Santiago, con su metro ochenta pudiera calificarse de bajito, pero no llegaba a tanto, Mercedes decidió que lo mejor era deshacerse de él haciéndole moving, para que fuera quien solicitara el divorcio y aprovechar la coyuntura para quedarse con las posesiones comunes.

El problema, más que el hecho en sí de querer divorciarse fue la forma que utilizó para lograrlo: Gestos obscenos, gritos histéricos, desprecios absurdos, insultos... En su empeño por amargarle convirtió la casa en un infierno.

Pero Santiago a esas alturas estaba muy curtido y aguantó impertérrito todas las cabronadas hasta que fue ella la que solicitó el divorcio para poder amancebarse tranquilamente con un ex jugador de baloncesto.

A partir de ahí, cuando conocía a una chica pensaba: “¿Qué clase de locura padecerá esta?”.

La cosa estaba clara, si se interesaba por él no tardaba en descubrir su talón de Aquiles, histeria, depresiones, ideas psicóticas, o como mínimo algún fanatismo intolerante.

En ocasiones podía relacionarse con alguna de ellas, pero guardando las distancias y teniendo preparada una vía de escape.

Se acostumbró a realizar excursiones sólo, por aquello de que: ‘Más vale sólo que mal acompañado’. Le gustaba abstraerse en la contemplación de la naturaleza.

Sucedió una tarde, sentado en una roca al borde de un desfiladero cuando se dispuso a disfrutar del ocaso mientras fumaba tranquilamente una pipa.

Unas nubes preciosas dejaban filtrarse los rayos solares que iluminaban verdes retazos del bosque inferior, parecía que Dios mismo estuviera tras aquel soberbio espectáculo y fue entonces cuando Santiago, completamente en broma, comenzó a dialogar en voz alta con él: “Bueno Dios, ¿Cuál es la próxima loca que mandarás a mi vida?, porque todo esto no puede ser casual, ¿Tengo alguna deuda que pagar?, ¿O acaso estoy haciendo méritos para ganarme el cielo?, Tal vez un cielo musulmán, con setenta y dos vírgenes para mí solo, aunque lo de menos es que sean vírgenes sino cuerdas, porque de locas ya tengo el cupo cubierto”.

Aunque era un hombre con nervios de acero le sobresaltó ligeramente que una mano le tomara por el brazo y una voz femenina le dijera: “Levanta de ahí rápido y ven hacia atrás”.

La muchacha era tan agradable y su tono, aunque imperativo, tan sereno, que en ningún momento pensó en desobedecer aquel mandato, sus razones tendría la chica, eso sí, le avergonzaba pensar que parte de la conversación con Dios habría oído.

No se habían retirado más que unos cuantos pasos cuando un rayo impactó en la roca donde minutos antes había estado sentado, se giró hacia ella y un poco entrecortadamente, aún bajo los efectos del susto, le dijo: “¿Pero tú como sabías...?”.

“Son detalles, conocer la montaña, un leve crepitar del pelo, un minúsculo reflejo entre las nubes y que tal como sobresalía aquella roca tenía muchos números, pero vámonos de aquí no sea que caiga alguno más”.

Aquella chica era tan natural como las mismas montañas, con sus botas gastadas, tejano sin agujeros ni florituras de las que estaban de moda, sujetado por un grueso cinturón de cuero natural, camiseta oscura sin nada impreso, camisa de franela tipo leñador y coleta recogiendo su melena castaña, parecía parte del paisaje.

Tampoco le extrañó que con toda naturalidad le cogiera de la mano mientras caminaban, aparte de que era bellísima, aunque sin estridencias, le podía permitir cualquier cosa ya que acababa de salvarle la vida.

Mientras caminaban, Santiago comenzó la conversación diciendo: “Ante todo muchas gracias, me llamo Santiago y si no fuera por ti ahora estaría achicharrado”.

“Bueno, pues yo soy Gloria, y como amor, con amor se paga, invítame a alojarme donde tu estés, porque al atravesar un torrente he perdido la mochila con mi saco y mi tienda”.

“Por supuesto, faltaría más, lo malo es que estoy en una casa rural donde sólo hay una habitación libre”.

“¿Es pequeña la cama donde dormirás?”.

“No, que va, es muy espléndida”.

“Entonces la podrás compartir conmigo, ¿O es que tienes algún reparo?”.

“Sería idiota si tuviera reparo en compartir cama con una chica tan preciosa como tú y que además me acaba de salvar la vida, en todo caso te debería dar reparo a ti, pero te aseguro que soy un perfecto caballero”.

“Si me diera reparo no te lo habría pedido, además, no sólo tengo buena vista con la naturaleza, sino también con las personas, que también forman parte de la naturaleza, y sé que podré despatarrarme tranquilamente a tu lado en la cama sin ningún problema”.

Así cogidos de la mano continuaron charlando de mil y una cosas hasta llegar a la casa rural.

Justo en el momento en que penetraron bajo el porche la tormenta descargó su furia contenida en forma de aguacero.

Santiago se giró hacia atrás diciendo: “Pues me has salvado por segunda vez, porque yo me hubiera entretenido un rato más y me hubiera pillado este diluvio”.

“Pues eso no es gratis, me debes una buena cena”.

“Menos al perro de la casa, puedes pedir lo que quieras para cenar”.

A la señora del mesón no le extrañó lo más mínimo que de repente Santiago reapareciera con una novia, y si le extrañó lo disimuló perfectamente.

La ensalada campesina y la paletilla de cabrito al horno con judías estaban deliciosas y la muchacha dio buena cuenta de ello bebiendo sin manías del porrón lleno a rebosar de un vino tinto rústico y espeso.

La cena, la lluvia, el vino, todo invitaba al sueño, se retiraron a la habitación y sólo llegar Gloria procedió a colocar toda su ropa sobre una silla incluyendo el coiletero, dejando que su melena cayera en cascada por su cuerpo de diosa.

Sin reparo alguno se sentó a orinar sin cerrar la puerta del cuarto de baño y se lavó los dientes con la propia pasta y cepillo de él diciendo: “Tranquilo que no tengo ninguna enfermedad contagiosa, y si la tuviera... De una forma u otra te la acabaría pegando”.

Santiago sólo acertó a decir: “Sólo tengo un pijama, pero te lo puedo dejar y yo usar una camiseta para dormir”.

“Yo dormiré más a gusto desnuda, pero si tú estás cómodo poniéndote algo... Hazlo”.

Por un lado, le daba vergüenza dormir desnudo junto aquella belleza, pero por otro lado le parecía grosero no aceptar la invitación de hacerlo, finalmente se decidió por la segunda opción, se metió rápidamente bajo el grueso edredón sin osar moverse demasiado por no rozarla.

Sin embargo, fue ella quien le abrazó, piel con piel, mientras le decía: “Santiago, no te preocupes que no estoy loca, te lo puedo jurar por aquel Dios con el que hablabas”.

“Ósea que escuchaste mi monólogo”.

“Entero y verdadero y pensé: Pobre hombre, está a punto de morir fulminado sin haber conocido una mujer sensata en su vida, tal vez yo pueda arreglar las dos cosas de una tacada”.

Santiago se giró hacia ella estremeciéndose al notar la suavidad de su piel, sólo se atrevió a besar suavemente sus labios y acariciarle la espalda.

Gloria no fue tan comedida y tal como estaban abrazados rodó y estiró de él hasta situarlo encima suyo.

Hicieron el amor de una forma tan natural que a Santiago le parecía imposible, no necesitó los preámbulos que requería Mercedes para ponerse a punto a base de besos en los pezones y caricias en el clítoris, o la sarta de cucamonas y frases bonitas que precisaba Martina, su primera mujer. La vagina de Gloria parecía no estar esperando otra cosa que su penetración, y cuando sus pubis se encontraron les recorrió una verdadera oleada de placer.

Después de culminar con un orgasmo eterno, sí que llegaron las caricias y las frases tiernas, hasta que cayeron dormidos abrazados como orangutanes sobre un árbol.

Durante los dos días siguientes disfrutaron de todo lo que aquellas montañas les podían proporcionar, ella parecía conocer cada rincón y cada detalle, un lugar recóndito con una poza de cálidas aguas termales, una madriguera de zorrillos que no parecieron asustados ante su presencia y hasta un búho real que se dejó fotografiar a pocos metros de distancia, también sabía dónde encontrar frutos del bosque justo en su punto de maduración, era como si estuviera en perfecta comunión con la naturaleza, sin embargo, para decepción de nuestro hombre, ella no aceptó que le tomara ninguna foto.

Acabadas las minivacaciones montaron en el coche de Santiago y charlaron de mil y una cosas, fue a la entrada de la ciudad cuando él se atrevió a decir: “¿Quieres que te deje en algún sitio?”.

“Pues depende de si tienes ganas de dejarme en algún sitio o llevarme contigo”.

“Yo tengo ganas de llevarte conmigo hasta el fin del mundo si hace falta, lo decía por si tienes esperándote alguna familia, compañeras de piso, algún novio, o por si querías coger algo de tu casa”.

“Tranquilo, soy libre como el viento, mi casa está muy lejos de aquí y no necesito demasiadas cosas, soy muy sencilla, puedes llevarme contigo con la condición de que no quieras saber nada de mí anterior al momento en que te he conocido, ni hagas preguntas ñoñas sobre mis sentimientos por ti, porque la velocidad se demuestra andando y si no me preguntas no tendré ocasión de mentirte”.

Aunque el hecho de que no necesitara nada de su domicilio y no quisiera explicar nada de su vida anterior dejó a Santiago algo confuso, acabó pensando que cuando la felicidad llama a tu puerta no hay que pedirle el DNI, no sea que se evapore, ¿Que podía ser, una terrorista o una mafiosa a la fuga?, a estas alturas le importaba un rábano, lo único que había dicho de sí misma es que estaba perfectamente cuerda, él la creía a pies juntillas y eso era lo que le importaba.

Al llegar a casa Santiago se avergonzó del desorden que imperaba, pero ella se instaló como si la conociera de toda la vida, metió su camiseta, ropa interior y calcetines en la lavadora, acompañada de la ropa usada de él y dejó descongelándose unas rodajas de merluza y judías tiernas diciendo: “Estos días ya nos hemos atracado bastante, hoy toca cena ligera”.

Seguidamente salió al jardín con la manguera en una mano, el depósito de insecticida al hombro y con ojo experto regó mucho poco o nada, cada planta, en ocasiones vaporizando algo de insecticida en un punto concreto.

Cuando él intentó ayudar lo llevó al sofá, le puso al lado los tres periódicos atrasados recogidos del buzón y le dijo: “Ahora este chico será bueno y me dejará hacer a mí”.

En pocos días se notó al cien por cien la presencia de una mujer diligente y lista en aquella casa, compraba lo justo, aprovechaba todo, y sin matarse a trabajar, sino sólo ocupando el tiempo en que Santiago teletrabajaba, convirtió aquella cuadra en un verdadero hogar.

En cuanto a ella misma, a pesar de la insistencia de Santiago, sólo adquirió cuatro prendas en una tienda de ropa de segunda mano y un par de juegos de ropa interior en un bazar chino, nada de perfumes, maquillajes, cremas hidratantes ni potingues varios.

Para estar por casa modificó un par de prendas en desuso que yacían en el fondo del armario y les dio una nueva vida.

Santiago calculó que, si de buen principio hubiera tenido una mujer así, ahora sería millonario.

Un detalle intrigante fue cuando Santiago le comentó: “Supongo que con la mochila perderías el teléfono móvil, podemos comprar uno mañana mismo y si de momento quieres usar el mío para comunicar a quien sea que estás bien...”.

“No uso móvil, y no necesito comunicar nada a nadie, ya te dije que soy libre como el viento”.

“De acuerdo, ¿Y tu documentación, o una tarjeta de crédito, no necesitarás notificar su pérdida y solicitar una nueva?”.

“No utilizo cuentas bancarias, y está bien que te preocupes por mí, pero deja de hacerlo porque no lo necesito, más bien preocúpate por ti porque, por ejemplo, el último contrato que has redactado es una verdadera chapuza, revísalo bien antes de mandarlo, no sé en qué demonios estarías pensando al escribirlo”.

“En ti, supongo”.

“Pues cada cosa a su tiempo, que yo no me voy a escapar con un negro de dos metros”.

Aquella última conversación dejó perplejo a Santiago, revisó el contrato y efectivamente tenía fallos garrafales de los que ella se había apercebido dando un vistazo por encima del hombro, por otro lado, no recordaba haberle explicado el motivo del divorcio de su anterior esposa, o tal vez sí, y se le había olvidado.

En alguna ocasión, él había hablado de salir con otra pareja o ir a cenar a casa de unos amigos, pero Gloria lo rechazó con suavidad diciendo: “¿No estás a gusto conmigo, no eres feliz?”.

“Estoy en la gloria, nunca mejor dicho”.

“Pues entonces... ¿Para qué introducir un elemento de incertidumbre?, lo mejor que podría pasar si salimos con tus amigos es que sigas estando en la gloria, como ahora, pero hay otras muchas posibilidades, como por ejemplo que yo no les caiga bien, o ellos a mí, o que me hagan preguntas impertinentes y me enfade, ¿Para que arriesgarse?”.

“Tienes razón cariño, ¿Para qué arriesgarse?”.

Y así pasaron unos maravillosos meses. Dado que Santiago era de padres desconocidos y recogido en un orfanato, no tenía familia directa ni indirecta, por tanto, no precisó presentar a nadie su nueva pareja, y para vecinos y conocidos era simplemente su novia.

Con Gloria descubrió la paz, el equilibrio, la oportunidad de hacer las cosas en el momento adecuado, la flexibilidad, ser como agua que se filtra adaptándose al perfil de las rocas, sin querer ir nunca a contracorriente, a veces pensaba: “Gracias Dios, porque, aunque has tardado, me has dado finalmente lo que necesitaba”.

Pero dice el refrán que: ‘Poco dura la alegría en casa del pobre’, así fue como al cabo de once fantásticos meses ella le comunicó que sólo podría acompañarle un año como máximo.

La noticia le cayó como un jarro de agua fría, e inevitablemente surgieron las preguntas: “¿Pero por qué?, ¿No eras libre como el viento?”.

Ella le tuvo que recordar su promesa: “Habíamos quedado que, sin preguntas, te he dado mucho más de lo que te podía dar, me he tomado un año sabático para estar contigo, pero ahora el deber me reclama”.

“Ya, y por supuesto yo no puedo saber cuál es ese deber tan importante ni si podré volverte a ver, te marcharás tal como viniste, sin una sola explicación, me quedaré otra vez sólo pensando que daría mi vida por volver a estar contigo”.

“Vaya, vaya, ¿Tanto daría este chico por volver a estar juntos?”.

“Todo lo que tengo y más con tal de poder compartir contigo el resto de mi vida”.

“Bien, tendrás esa posibilidad, es más, cuando nos reencontremos no habrá secretos, sabrás lo que soy, de donde vengo y a que me dedico, y no tengo claro que entonces tengas tantas ganas de acompañarme”.

“Las tendré, aunque seas una espía rusa infiltrada”.

“Pues nos reencontraremos, pero con una condición”.

“Lo que me pidas”.

“Que durante este mes que nos queda te olvides de que me tengo que marchar y seamos tan alegres y felices como en los once meses pasados”.

“Así será, ¿Alguna condición más?”.

“Si, por supuesto, cuando suceda el reencuentro, serás tú esta vez quien dejará todo y vendrá a vivir conmigo, como hice yo. Ya no volverás, ni por un instante, a tu casa ni a tu trabajo, ni siquiera a tu ciudad”.

“¿Me llevarás a un sitio muy desagradable?”.

“Todo lo contrario, nunca habrás estado tan a gusto”.

“Entonces hecho”.

Vivieron un mes maravilloso, él se tomó vacaciones e hicieron todo lo que les apeteció, el último día ella le dijo: “Dentro de unos minutos se cumple la hora en que nos conocimos, he de marcharme”.

“No tan deprisa, dime cómo y cuándo nos volveremos a ver”.

“Dentro de un año, justo a la misma hora y en el mismo sitio donde nos conocimos, allí te estaré esperando”.

“De acuerdo, ¿Quieres que te acompañe a donde sea con el coche?, ¿Te preparo una bolsa con tu ropa, aunque no sea gran cosa?”.

“No la necesito y no debes acompañarme, recuerda, dentro de un año y deja todos tus asuntos bien arreglados porque la condición es que te marchas conmigo a mi tierra y no vuelves jamás”.

“¿Que tengo que llevarme para el viaje?, por lo menos el móvil, dinero, tarjetas de crédito”.

“Lo mismo que traje yo, absolutamente nada, a partir de entonces pago yo”.

“¿Puedo ponerme en contacto contigo durante este año, una llamada, un correo electrónico, o incluso una simple carta?”.

“Ya sabes que no tengo teléfono, ni ordenador, ni tendré dirección postal”.

Un beso apasionado y se marchó, con la misma ropa que llevaba puesta hace un año, Santiago resistió durante unos instantes la tentación de asomarse al balcón para verla alejarse, finalmente salió corriendo, pero ella ya no estaba.

En los días siguientes sintió un vacío y una soledad tremendos, aunque aliviados por la esperanza de volverla a ver.

Otro en su lugar hubiera dudado que ella le estuviera esperando dentro de un año para acompañarle a ese país tan bonito o donde fuera, pero él tenía la certeza absoluta.

Dejó el trabajo, vendió la casa, pero con fecha de ejecución del contrato dentro de un año y con ese dinero y el que tenía ahorrado se dedicó a darse todos los caprichos que le pasaron por la cabeza, se alojó los hoteles más singulares que aparecían en las revistas de viajes, visitó los lugares más extraordinarios, comió en los restaurantes más exquisitos y no se privó de nada, excepto de sexo, a pesar de que tomó masajes en países exóticos nunca contrató servicios de prostitutas.

Cuando se acercaba el tiempo del reencuentro ya le costaba apreciar cualquier cosa por maravillosa que fuera, regaló todo lo que poseía a gente necesitada, su casa quedó

absolutamente vacía, entregó las llaves a la gestoría que se ocupaba de la venta diciendo que partía al extranjero.

Con la misma excusa canceló cuentas bancarias y tarjetas de crédito, donó el dinero que aún le quedaba a tres organizaciones que cuidaban de animales abandonados y se marchó cuatro días antes de la fecha indicada al hostel que ya tenía reservado muy de antemano.

La señora de la casa le recibió muy amablemente, se acordaba perfectamente de él, pero por más esfuerzos que hizo no logró recordar a su compañera, finalmente le dijo con sonrisa pícara: “Es que yo me fijo más en los hombres, no puedo evitarlo”.

También se quedó muy extrañada cuando Santiago le dijo: “Vendrá a buscarme mi novia y nos marcharemos con su vehículo, no quiero que el mío quede aquí abandonado, he traído toda la documentación necesaria para formalizar la venta y se lo doy por el mismo precio que me cuesten estos cuatro días de alojamiento”.

“Pero que disparate, como me va a dar este cochazo por cuatro días de pensión completa que no cuestan ni lo que vale una rueda”.

“¿Prefiere que quede aquí pudriéndose?”.

“No, eso no, como chatarra me haría mucho estorbo y como coche me irá muy bien, pero me sabe mal por usted”.

“No se preocupe, lo he usado para venir, pero a donde voy no me lo puedo llevar”.

En los siguientes días paseó por los lugares que había recorrido con Gloria, pero por más esfuerzos que hizo no encontró la poza de aguas termales ni la madriguera de los zorrillos, y evidentemente el búho real no le estaba esperando.

Finalmente llegó el día ansiado, se despidió de la mesonera diciéndole que iba a un país lejano y seguramente no podría regresar.

Ella le dijo: “Vale, pero si lo haces, aquí tendrás habitación gratis para ti y para esa novia de la que no me acuerdo”.

Le dio el doble juego de llaves del coche y se dirigió una hora antes de lo establecido hacia aquel risco donde se conocieron.

Meditando allí sentado le vino a la cabeza una idea que hizo que se riera él sólo: “Ya ni se planteaba que ella le hubiera engañado o gastado una broma, pero... ¿Y si le había pasado algún percance y no podía venir?, ¿Que haría él, pedir limosna, vivir bajo un puente?”.

Sus dudas se disiparon cuando a la hora en punto una voz conocida le dijo alegremente: “Así que el muchacho ha decidido dejarlo todo y venir conmigo”.

Allí estaba ella exactamente igual que el primer día que la conoció, Santiago no se pudo contener y la abrazó con todas sus fuerzas mientras lloraba a lágrima viva, cuando pudo serenarse tomaron asiento en la misma roca y llegó la hora de las preguntas que a él le salían atropelladamente: “Bueno mi amor, lo prometido es deuda, no sé por dónde prefiero que comiences, si a explicarme quién eres, que haces, donde vamos a ir a vivir...”.

“Todo a su tiempo y por orden, el día que te vi aquí sentado hablando con Dios, me dio mucha lástima que sólo hubieras aspirado en la vida a algo tan simple como que una mujer sensata te acompañara, decidí cambiar tu estúpido destino y compartir un año contigo”

“Vale, ¿Y porque sólo un año?, ¿Porque no podías ser mi mujer para siempre, casarnos, tener hijos...?”.

“Porque el destino, o llámale karma si quieres, se puede doblegar un poco, pero no romper, por poderoso que seas”.

“¿Y tú tienes ese poder?, ¿Quién eres exactamente?”.

“Te costará un poco de entender, y más aún de asimilar”.

“Si por un acto de fe, he venido aquí dejando toda mi vida atrás, pienso que estoy capacitado para entender y asumir cualquier cosa”.

“Muy bien, en algunas culturas me llaman Banshee, en otras Ángel de la muerte, y también me representan muy fea y con una guadaña”.

“Ósea que tú matas a la gente a su debido tiempo”.

“Yo no mato a nadie, la gente muere cuando ha de morir, por la causa que sea, mi misión es acompañar al espíritu de las personas dignas para que no vaguen desorientados como almas en pena”.

“Entonces aquellos que no lo merecen...”.

“Son abandonados a su suerte para que después de muchas penalidades puedan encontrar la dimensión espiritual”.

“Quieres decir que el día que me conociste yo estaba a punto de morir y tú venías para cumplir la misión de acompañanta”.

“Exacto, escuché tu conversación con Dios y decidí cambiar un poco las cosas”.

“Pero entonces lo que he vivido contigo es una especie de sueño, no es real, porque eres un espíritu y no una mujer”.

Ella retorció con fuerza un pezón de Santiago a través de la camiseta diciéndole: “¿Y esto no te parece real?”.

“¡Huy si!, cabrona”.

“Pues para que lo entiendas, un médico puede ser también futbolista sin dejar de ser médico, yo soy una Banshee, un espíritu poderoso, y también puedo, si lo deseo, ser una mujer de carne hueso, que siente, besa, ama y folla apasionadamente”.

“Pero la señora de la casa rural no te vio”.

“Claro que me vio, yo hice que lo olvidara”.

“Y lo de liarte con el que está a punto de morir... ¿Te sucede a menudo?”.

“¿Celoso heee...?, No, en realidad es la primera vez”.

“De acuerdo, ¿Y siempre has sido Banshee?, ¿Como empezaste?”.

“Hace muchos años fui mujer, de espíritu muy elevado, al morir no necesité reencarnar como simple humana y decidí dedicarme a ayudar al tránsito de las buenas almas”.

“¿Y quién fuiste en tu última reencarnación como humana?”.

“Creo que has oído hablar de mí: Santa Teresa de Jesús”.

“Jodeer, si le dijera a quien sea que he estado follando durante un año con Santa Teresa de Jesús me ponían la camisa de fuerza. Además, no digo que no lo seas, pero es raro, porque tú, como santa, seguro que llevarías una vida de castidad total, y ahora... Nada de eso”.

“¿Piensas que en mis cientos de reencarnaciones pasadas he sido siempre una santa?, He sido guerrera, esclava, puta, reina y hasta asesina. Teresa murió y yo ahora soy la que soy, todas ellas y ninguna a la vez”.

“Aún peor si dijera que me he tirado al Ángel de la Muerte”.

“¿Y a ti que coño te importa lo que puedan pensar?, Lo importante es que estamos aquí juntos otra vez”.

“Pero es diferente porque en esta ocasión sí que has venido a llevarme, me caerá el puto rayo y me dejará tieso, ahora que pienso, si estás a mi lado a ti también, así que mejor que te alejes. Y lo peor es que cuando suceda seré un espíritu, y lo de follar se habrá acabado”.

“Estás equivocado en casi todo, este cuerpo mío, y el tuyo son lo mismo que cuando me quito unas bragas sucias, ¿Como puede ser importante algo que en menos de un siglo está ya hecho un asco?, y en cuanto a follar... Cuando seamos seres de luz y nuestros espíritus se fundan te parecerá tan insulso como un concurso de escupitajos”.

“Vale, ¿Y cuando viene el rayo de los cojones?”.

“Ahora”.

No se había apagado aún el eco de aquella última palabra cuando un rayo cegador carbonizó ambos cuerpos.

Santiago no percibió dolor alguno, sólo una paz absoluta y la presencia de su amada, un ser luminoso que cada vez se acercaba más a él, hasta que ambos se fundieron.

La sensación que experimentó entonces no puede describirse con palabras humanas.

FIN...

¿Y tú amable lector/a...?, ¿Crees que estás haciendo méritos suficientes como para que, al morir, una Banshee te acompañe a la dimensión espiritual en busca de una reencarnación más elevada...?, ¿O vagarás como alma en pena por este mundo, en ese estado que algunas religiones han definido como purgatorio?. Pues ten cuidado porque tu muerte puede estar mucho más cerca de lo que piensas.